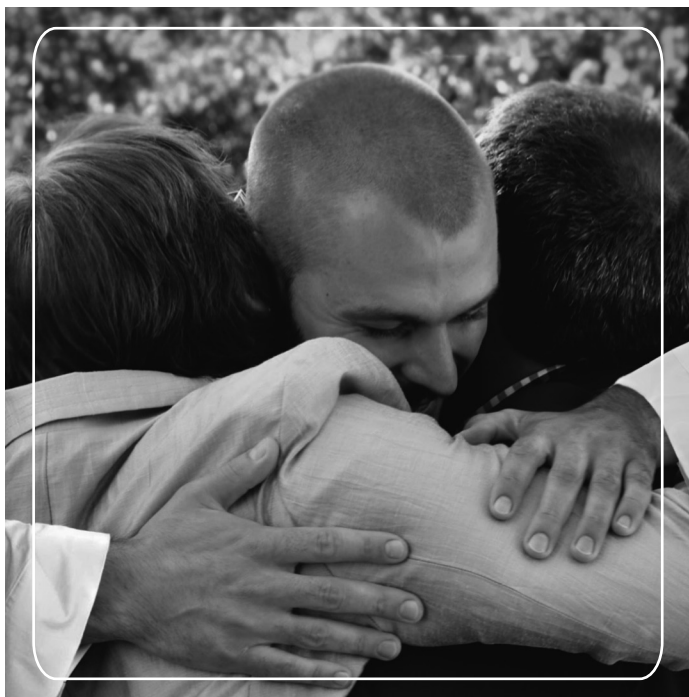




Enviados a reconciliar

Día del Seminario 2016

Reflexión teológica



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-4440-2016

«Enviados a reconciliar»

«Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret»¹. Con este hermoso pensamiento abre el papa Francisco la Bula de convocatoria del Jubileo de la misericordia, *Misericordiae Vultus*.

1. «Todo en él habla de misericordia; nada en él está falto de compasión»

San Juan Pablo II nos decía en la encíclica *Dives in misericordia*: «Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No solo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, él mismo la encarna y personifica. El mismo es, en cierto sentido, la misericordia. A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente visible como Padre rico en misericordia»². Teniendo la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso es posible captar el Amor de la Trinidad; su misión recibida del Padre no es otra que la de revelar este amor que se da a todos sin excluir a nadie. Como proclama Francisco: «Todo en él habla de misericordia. Nada en él está falto de compasión»³.

La novedad del mensaje de Jesús respecto del Antiguo Testamento es que él anuncia la misericordia divina de forma definitiva

¹ FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, n. 1.

² JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, n. 2.

³ FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, n. 8.

no solo a unos cuantos justos, sino a todos; en el reino de Dios hay sitio para todos, nadie es excluido⁴. Dotado de una experiencia singular y única de Dios como Padre, Jesús se siente, en su vida pública, sorprendido y extrañado por la imagen de Dios que encuentra en sus contemporáneos. Dios es percibido por estos más como Juez distante que como Padre misericordioso inclinado a nuestra debilidad. Jesús quiere corregir esta falsa imagen de Dios. Para ello se propone realizar provocativamente unos gestos de misericordia tan patentes y tan chocantes que hagan pensar. Su conducta de comer con los pecadores públicos y de tratar con las prostitutas está animada por esta intención; sus parábolas sobre la misericordia de Dios revelan este mismo propósito⁵.

2. «¿Quién de vosotros si tiene cien ovejas y se le pierde una...» (Lc 15, 4)

La misericordia se convierte en punto de enfoque para descubrir el auténtico rostro de Dios. El evangelio de Lucas, «el evangelio de la misericordia», en su capítulo 15 es una página ejemplar, elocuente y pedagógica. Tres parábolas nos acercan al misterio de la misericordia de Dios: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo.

El marco en el que se presentan las tres parábolas es descrito con sobriedad por el evangelista y explicita el ambiente religioso de su tiempo: «Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban,

⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Sal Terrae, Santander 2012, p. 71.

⁵ Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos como el Padre. Subsidios para el Jubileo de la misericordia*, BAC, Madrid 2015, pp. 71ss.

diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos» (*Lc 15, 1-2*). Que Jesús, el pretendido Mesías, se presente rodeado de pecadores y fraternizando con ellos, escandaliza a muchos.

En estas tres parábolas, sobresale un lenguaje en movimiento: ir, buscar, encontrar, reunir... «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra?» (*Lc 15, 4*). Con esta pregunta desafiante, mirando fijamente a los ojos de los discípulos, el Maestro inicia la parábola de la oveja perdida. Es la primera de las tres que nos presenta el capítulo 15 de Lucas. La lógica divina rompe los esquemas comerciales de nuestro tiempo: no se trata de asegurar las noventa y nueve sino de buscar la que se ha perdido. Ello exige salida, dejar la seguridad y arriesgarse hasta encontrar. Lo mismo ocurrió a la mujer que perdió la moneda: no se recreó contando las que aún tenía, se afaná por encontrar la que había perdido: «enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra» (*Lc 15, 8*)

En la parábola del «Padre bueno que tenía dos hijos...» no es una oveja o una moneda lo que se pierde; lo perdido tiene corazón: es un hijo, que convive con el padre y un hermano. Voluntariamente se va del hogar, e irremediamente se siente perdido. E inicia el camino de vuelta a la casa paterna. La narración remarca como el anciano Padre, ansioso, con amor pasional, salía cada tarde al otero para atisbar la vuelta del hijo perdido. Divisado a lo lejos, no le aguarda sostenido por su autoridad desafiante sino que «cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas» (*Lc 15, 20*). Los pasos ligeros del hijo que vuelve y el amor misericordioso del Padre que busca, acortan el camino del reencuentro en el calor del hogar.

3. «Nunca hemos visto cosa igual» (Mc 2, 12)

En las tres parábolas, el resultado de la búsqueda es positivo: se encuentra lo perdido —la oveja, la moneda o el mismo hijo—, provocando la alegría y la fiesta. El pastor dice a los amigos: «¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido» (Lc 15, 5-6); la mujer que busca el dracma insta a las vecinas a su sumarse a su gozo: «¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido!» (Lc 15, 9); y el Padre bueno de los dos hijos, invita al mayor a sumarse a la fiesta: «hijo, era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado» (Lc 15, 31). Observemos el plural final: «lo hemos encontrado», el hijo mayor se ha sumado a la fiesta. El encuentro con el Padre ensancha la familia, construye la comunidad.

«Enviados a reconciliar» es el lema que orienta la presente Campaña del Día del Seminario, en este Año Jubilar de la Misericordia. El dinamismo de los verbos precedentes debe calar en nosotros. No aguardamos simplemente la vuelta del pecador, de aquel que se alejó o no estuvo nunca al calor del amor del Padre de la misericordia: somos enviados, debemos salir, buscar para facilitar y provocar el reencuentro.

Es el dinamismo que pide el papa Francisco a su Iglesia: una *Iglesia en salida*. El papa nos explica en qué consiste: «La *Iglesia en salida* es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad»⁶.

⁶ FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, n. 46.

Señalan nuestros obispos: «Esta *salida misionera* no responde a ninguna *estrategia* ni a ningún sentimiento de superioridad. Sabemos que todos somos pobres hombres y mujeres, ignorantes y pecadores, necesitados de la gracia y de la misericordia de Dios. Hemos recibido el don de la fe que nos ilumina y nos sostiene en la vida, queremos compartir esta alegría, deseamos ofrecer con sencillez a todos la posibilidad de vivir en la paz y en la esperanza que Dios da a los que aceptan sus dones de salvación. La alegría y la gratitud nos mueven a compartir con todos los hermanos, en un amor común, el gozo de la salvación de Dios»⁷.

Dos son las grandes áreas en la que la Iglesia *practica* la misericordia: la acogida a los pecadores y la presencia afectiva y efectiva junto a los necesitados. La mentalidad contemporánea es sensible a la misericordia para con los desvalidos. Pero ¿lo es tanto en el ejercicio de la misericordia para con los pecadores? El pecado se ha desdibujado del mapa de intereses de nuestro entorno: se ha diluido el pecado y a veces, incluso, enaltecido al pecador. Para Jesús el pecado es una tragedia que degrada al ser humano al separarlo de Dios y despojarlo de su condición de hijo. Y tiene una repercusión social en toda la comunidad. El pecado deja tras de sí una situación personal y social que degenera la realidad y daña y envilece a la persona pecadora y a sus víctimas. Jesús se revela ante el pecado y quiere erradicarlo. Ante el pecador se inclina, le acoge y perdona.

Jesús pasó su vida pública «haciendo el bien» (*Hch* 10, 38): esto es, predicando, sanando y perdonando (cf. *Mc* 2, 1-13; *Jn* 8, 1-12). Sanando, sí; pero también perdonando. Es curioso que ya los asistentes a la escena de la curación del paralítico que descuelgan desde el tejado, se extrañaran más del perdón de los pecados otor-

⁷ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo. Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española (2016-2012)*; cf. FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, n. 3.

gado que del milagro de que el inválido pudiera llevar su propia camilla (cf. *Mc* 2, 1-12). Sin embargo, hoy, cuando proclamamos las últimas palabras del pasaje evangélico: «Nunca hemos visto una cosa igual» (v. 12), quizás pensamos más en el milagro de la curación del tullido que en la grandeza del perdón. Jesús no solo soltó las trabas de unas piernas, sino que desató el nudo de un corazón.

La conversión misionera a la que nos convoca Francisco, como indican nuestros obispos: «encuentra un contexto muy adecuado en el Año de la Misericordia, convocado por el papa Francisco. Es el reconocimiento de la misericordia eterna de Dios lo que nos anima en este empeño, y es también nuestra propia misericordia, aprendida y recibida del Señor, la que nos mueve a anunciar a nuestros hermanos el sacramento de la salvación. Lo dice el papa en la Bula de convocatoria del Año Santo de la Misericordia: «Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre»⁸.

4. «Tampoco yo te condeno» (*Jn* 8, 11): «esperado, amado y perdonado por Dios»

El objeto de esta salida, la meta de esta búsqueda, es facilitar un «encuentro». Se trata del encuentro con la Persona de Cristo, que Benedicto y Francisco ponen como cimiento de la vida espiritual y de la evangelización. Francisco, recuerda a su predecesor: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un

⁸ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo. Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española (2016-2012)*; cf. FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, n. 3.

acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁹. Y puntualiza: «Solo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad... Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?»¹⁰.

«Enviados a reconciliar», el lema de esta Campaña, además de un componente eminentemente moral de regeneración personal y comunitaria, adquiere hoy la riqueza de una experiencia auténticamente mística: se trata de provocar que el hombre que busca o que simplemente anda perdido en la indiferencia, se encuentre vitalmente con el Dios que nos ha revelado Jesucristo: el Padre de la misericordia, cuyo rostro se ha hecho visible en su Hijo encarnado.

Ya en la vida pública de Jesús encontramos los primeros signos de la admirable eficacia del encuentro con Jesús y los efectos de la misericordia del perdón. El perdón del Señor expulsa los demonios domésticos; aquellos que fueron tipificados como las mismas tentaciones de Jesús: placer, dinero y poder orgulloso. Así, la misericordia de Jesús vence al demonio del sexo exacerbado en la Magdalena, que abre paso al amor abnegado (cf. *Lc* 7, 36-50); destruye en Zaqueo el demonio del apego a la riqueza reemplazándole por una actitud acogedora del Maestro (cf. *Lc* 19, 1-10); descabalga en Pedro el demonio del orgullo arrogante y provoca en el apóstol lágrimas de arrepentimiento y el humilde deseo de una futura fidelidad (cf. *Lc* 22, 61ss). El perdón facilita el encuentro; la experiencia del encuentro alienta la confesión de la fe y el obsequio del amor a Dios y al hermano.

⁹ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 7.

¹⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 8.

La historia del perdón de Jesús tiene un punto culminante en la cruz. La narración de la crucifixión y muerte del Señor lleva a plenitud la descripción de los dos grandes ejes del Evangelio: Dios es un Padre de ternura y misericordia, y Jesús es el Señor a través de quien descubrimos la paternidad y la misericordia de Dios. Sus últimos gestos en la cruz son significativos. Jesús muere perdonando a sus verdugos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (*Lc 23, 34*). Concede la misericordia del perdón al buen ladrón: «En verdad te digo: hoy, estarás conmigo en el paraíso» (*Lc 23, 41*). Y provoca la confesión de fe del centurión: «realmente este hombre era justo» (*Lc 23, 47*).

«Tampoco yo te condeno» (*Jn 8, 11*) es la sentencia que regenera a la pecadora pública. Pero con frecuencia solemos olvidar el versículo siguiente: «Anda y no peques más» (*Jn 8, 11*). Este «andar sin pecar» es la invitación a iniciar de nuevo la vida como una peregrinación hacia el amor de Dios. Todos estamos invitados a oír estas palabras. Todos somos enviados a pronunciar estas palabras en el nombre del Señor y Salvador.

El sacerdote es un amigo del Señor llamado a continuar su misión: construir el Reino de Dios. Como el Maestro, el discípulo, que siente su debilidad con acuciante dolor, sabe que su misión se vuelca hacia los más necesitados, para brindarles «la primera misericordia de Dios»¹¹ y hacia los pecadores, para invitarlos a que inicien el camino de vuelta a la casa del Padre. En la oración para el Jubileo de la misericordia rezamos: «Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad para que sientan sincera compasión por los que se encuentran en la ignorancia o en el error: haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado, amado y perdonado por Dios». Están vivos dos sentimientos encontrados: el Maestro que llama y envía y la dolorosa experiencia de debilidad que siente el discípulo y apóstol. Sabemos que llevamos nuestro ministerio en vasijas de

¹¹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 198.

barro (cf. 2 *Cor* 4, 7), pero podemos gritar como san Pablo: «todo lo puedo en aquel que nos conforta» (*Flp* 4, 13).

5. Madre de misericordia: «Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos»

Simbólicamente, María empujó la primera puerta santa, al abrir con su «sí» de par en par la puerta de la salvación. Con estas bellas palabras evocaba san Bernardo la escena de la Anunciación: «¡Mira que ángel aguarda tu respuesta, oh, María. En tus manos está el precio de nuestra salvación. Da pronto tu respuesta. Responde presto, oh, Virgen. Pronuncia, oh, Señora, la palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna... Abre, pues, oh, Virgen dichosa, tu corazón a la fe, tus labios al consentimiento, tus castas entrañas al Creador. Mira que el deseado de todas las naciones está llamando a tu puerta... Levántate, corre. Abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento»¹².

«Levántate, corre, abre...». María, fiel a su Hijo, sigue junto al dintel de la puerta misericordiosa que es Cristo, dándonos la bienvenida, empujando nuestras vacilaciones, predisponiendo la acogida, preparándonos el vestido de fiesta, sentándonos a la mesa de la Eucaristía. Unimos nuestros corazones a la sencillez de una oración popular: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos». *Madre de la misericordia*, ruega por nosotros.

¹² SAN BERNARDO, *Homilía* 4, 8-9: *Opera Omnia*, Edición Cisterciense, 4 [1966], pp. 53-54

